



05/09/1996 VIAJE OFICIAL A MÉXICO

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CENA OFRECIDA EN SU HONOR POR EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, ERNESTO ZEDILLO

Castillo de Chapultepec, (México), 05-09-96

Señor Presidente,

Con especial satisfacción vuelvo ahora a Méjico, esta vez como Presidente del Gobierno Español. He querido expresamente que su país, Señor Presidente, forme parte de mi primer viaje oficial al continente americano, para poner de relieve los especiales vínculos de hermandad que existen entre nuestros dos pueblos. Unos vínculos que los gobernantes debemos limitarnos a encauzar para conseguir que se desarrollen en toda su fuerza y riqueza.

Hace ahora casi dos años, Señor Presidente, tuve el honor de asistir a su toma de posesión. Expuso usted entonces con la mayor precisión las principales líneas de actuación que seguiría su Gobierno. Expresó usted con toda claridad su compromiso con la consecución de un mundo más equitativo y más justo y, con tal fin, subrayaba usted que la solución pacífica de las controversias, la igualdad jurídica de los Estados y la equidad en los intercambios entre los países, seguirían siendo los principios rectores de la política exterior mejicana.

Son unos nobles principios que su Gobierno ha respetado escrupulosamente y son también, junto con nuestros vínculos históricos, cimiento de nuestras excelentes relaciones bilaterales.

Como usted sabe, Señor Presidente, España sigue con enorme interés las cosas de Méjico. Nada de aquí nos es indiferente. No en balde a esta tierra se le llamó Nueva España, y en ella han encontrado, a lo largo de este siglo, fraternal acogida muchos de mis compatriotas que, por una u otra razón, tuvieron que abandonar la Patria.

España, durante este último cuarto de siglo, ha pasado por diferentes reformas, tanto económicas como políticas. Por ello, los españoles somos plenamente conscientes del encomiable esfuerzo que Usted y su Gobierno están haciendo por conseguir una mayor democracia política y un más justo desarrollo económico, proyectando así una nueva y moderna imagen en el ámbito de la comunidad internacional, donde Méjico goza de un justo y reconocido prestigio.

El esfuerzo de Méjico está siendo tanto más valorado por cuanto que no sólo se limita a su propio suelo, sino que está prestando a su apoyo a distintos procesos de pacificación y democratización en otras áreas de Iberoamérica.

Con ese impecable respeto a los principios de igualdad jurídica de los Estados y solución pacífica de controversias, la diplomacia mejicana y Usted, Señor Presidente, han jugado un papel esencial en el proceso de pacificación de ese entrañable país que es Guatemala, donde se ha llegado a un acercamiento de las partes enfrentadas y donde han tenido lugar unas elecciones calificadas por todos los observadores como ejemplares.

Permítame, Señor Presidente, que le diga que yo también me siento orgulloso de la aportación que España ha hecho a este proceso.

Dentro del respeto a esos mismos principios, desearíamos que se pudiesen producir, en un futuro no lejano, unas elecciones igualmente limpias en Cuba y un encuentro, entre los distintos grupos políticamente enfrentados, en el que se pudiese escuchar la voz de todos.

Los tiempos no son fáciles. La organización de las relaciones internacionales coloca fuera de nuestro alcance y control numerosas variables que tienen una influencia decisiva en el desarrollo de nuestros pueblos. Por ello, siendo países que defienden una misma escala de valores, con un rico pasado común, debemos aunar esfuerzos y conjuntar acciones.

Ello es especialmente necesario en el ámbito de la lucha contra el terrorismo, que no se detiene en las fronteras nacionales. Vivimos tiempos en los que la violencia asesina se consolida como medio predilecto para solucionar problemas sociales, étnicos o raciales; una violencia que pretende la deslegitimación del poder, la desmoralización de la ciudadanía y el rápido retroceso de todo comportamiento moral; que pretende, en suma, desestabilizar el sistema democrático.

Señor Presidente,

Las Cumbres Iberoamericanas constituyen un foro político privilegiado que no debemos desaprovechar. Son un espacio excepcional para proyectar ese legado común del que antes hablaba y para lograr una coordinación de acciones, que no sólo redundará en beneficio de nuestros respectivos países sino que hará que nuestra presencia en el concierto internacional de naciones tenga una dimensión mayor.

En el compromiso de articular ese espacio iberoamericano juega un papel esencial nuestro rico patrimonio común, y muy en especial la facilidad e inmediatez de comunicación que nos confiere el disponer de una misma lengua. De ahí la importancia que España concede al Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, que se celebrará el año próximo en la ciudad de Zacatecas, y que contará con la asistencia de Su Majestad el Rey y el Señor Presidente de Méjico.

En segundo término, debemos profundizar y enriquecer nuestras relaciones bilaterales, que, si bien gozan de muy buena salud y se desarrollaron grandemente tras la conclusión del Tratado de Amistad y Cooperación de 1990, pueden ahora actualizarse y acoplarse a las nuevas circunstancias para seguir una vía ascendente. Podemos y debemos, Señor Presidente, ser ambiciosos. Sobre las bases de la igualdad y la reciprocidad, nuestra cooperación en todos los ámbitos puede ser mayor.

Las relaciones económicas y comerciales entre nuestros dos países han experimentado un cambio cualitativo. Este cambio se debe a nuestra común pertenencia a la OCDE, así como a la vocación compartida de internacionalizar nuestras economías en dos esquemas de regionalismo abierto. Ello ha permitido una progresión espectacular de nuestros intercambios en materia de comercio y, sobre, todo un gran incremento de las inversiones. Es cierto que esta mejora en nuestras relaciones económicas y comerciales se ha visto coyunturalmente afectada por la crisis económica, pero Méjico está superándola de manera muy satisfactoria, y nuestras relaciones tienen, sin duda, un futuro prometedor por los múltiples recursos con que cuentan nuestros países. Durante estos casi dos años de gobierno, ha podido usted comprobar, Señor Presidente, la fe que España ha mostrado en el futuro y la prosperidad de este gran país.

La visita de S.A.R. el Príncipe de Asturias, en junio de 1995, y mi presencia ahora aquí, son el mejor testimonio de la permanente vigencia del apoyo que España otorga a Méjico; apoyo que se hará explícito en el seno de la Unión Europea cada vez que la ocasión lo requiera.

La reciente apertura de un Centro Español de Negocios en el Distrito Federal va precisamente en esta dirección. Y no es un gesto que se produce exclusivamente en momento de bonanza, porque la amistad se demuestra cuando hay dificultades, cuando hay incomprendiones y escollos en el camino.

Les invito ahora a todos a brindar por la ventura personal de Vuestra Excelencia y de la Señora de Zedillo, así como por la prosperidad de nuestros dos pueblos.